

# El juglar de Oc

"And those who were seen dancing were thought to be insane by those who could not hear the music". - Atribuido a Friedrich Nietzsche

## Uno

Uno podría erróneamente decir que todo comenzó en aquella Línea 3 del metro, cuando yo aún era solo uno y no tenía idea que debía ser tres. Cuando el hombre delgado con unos jeans y unas Converse que viajaba junto a mí ese miércoles después de clases puso todo en marcha. Podríamos decir que fue él la gota que llenó el vaso y que fui yo arrastrado por el sonido que provocó al vaciarse nuevamente.

Yo tenía la mirada fija en la ventana a pesar de que, siendo sinceros, no había nada que ver en los túneles oscuros por los que el metro se movía. Pero mi mente estaba llena de ideas e imágenes que me impedían relajarme. Entonces, el extraño giró la cabeza hacia mí y me dijo de improviso:

-Sí, existe una respuesta, pero para conocerla tienes que hacer el viaje esta noche.

Por otro lado, tal vez sería más preciso, al menos cronológicamente, decir que realmente todo había comenzado mucho tiempo antes, hacía casi 15 años, la primera vez que se me presentó la oportunidad de hacer el viaje. En ese momento no me atreví a realizarlo porque sentí mucho miedo. Fue el primero de esos miedos que marcan la transición de niño a adolescente, cuando uno se da cuenta de que el mundo no es mágico, que sus habitantes son seres humanos y que la muerte es algo real.

Recuerdo habérselo comentado a quien era mi mejor amigo en ese entonces, contarle que la noche anterior, con un estado de consciencia alterado por el humo, había tenido pesadillas, había visto sombras, personas, luces. Un color naranja como el de las puestas de sol, un cuervo volando entre esferas de luz. Pensé que iba a reírse de mí, de su amigo novato en un mal viaje. Pero lo que me dijo me sorprendió.

-¿Tú también has visto las luces? –Preguntó, con la voz de alguien que no ha terminado de despertar- Yo las vi una vez y acepté el viaje. No pude con todo, me dejé manipular, especialmente por las risas. Escuchas muchas risas. Es como si te retaran y tú sabes que a mí no me gustan los retos. Casi sientes que se burlan de lo perdido que estás.

Sabía que mi amigo no se había recuperado del todo de la noche anterior. Las últimas palabras habían sido casi murmullos y luego se había dormido. Decidí olvidar esa conversación tan extraña y mis ideas y regresar a dormir al igual que él. Ya totalmente despiertos unas horas después, cuando hablé nuevamente con él, me dijo que no recordaba nada. Y yo pasé a olvidarlo también.

Excepto que la noche siguiente, volví a ver las mismas cosas. Y la siguiente. Y nuevamente, por varios días. Hasta que me cansé de no poder descansar por las noches y comencé a poner la TV para quedarme dormido y poco a poco las visiones dejaron de aparecer.

Pero ¿en realidad fue así? ¿O era que yo había aprendido a ignorarlas? Debe haber sido lo segundo, ya que en ese momento, mirando por la ventana del metro, cuando ese personaje me habló, yo sabía exactamente a qué se refería.

Cuando pienso al respecto, no puedo recordar qué sentimientos fueron los que me inspiró al inicio esa persona que parecía haber leído mi mente. El Flaco –porque he decidido llamarlo “El Flaco” a falta de otra característica saltante que lo describa– había soltado su frase de la manera más incidental, mientras miraba su reloj, casi como quien comenta sobre el frío en el invierno. Yo, recuerdo, volteé a mirarlo y le mentí:

-¿Qué me dice, señor? No tengo idea de lo que está hablando.

-Hablo de la respuesta a tus preguntas, las que te tenían tan preocupado hoy en la mañana mientras leías la misma página de un libro por veinte minutos. Y las que te tienen preocupado ahora que miras por la ventana, pero sin ver en realidad lo que pasa afuera. Esa comezón que no te puedes alcanzar porque no es el cuerpo lo que te pica. Si haces el viaje que debiste haber hecho hace años, lo tendrás claro.

-No se ofenda señor pero creo que usted está un poco loc...

-No. Loco te volverás tú si continuas esquivando tu destino.

-¿Pero cómo diablos es que sabes eso? Dime quién eres.

-Yo solo soy un mensajero. Así que, como siempre, mi identidad no importa. Me gusta ayudar a los que son como tú a darse cuenta de lo que deben hacer. No tengo las respuestas, esas las tienes solo tú..

-¿Y qué debo hacer?

- Primero, el viaje. ¿Qué camino puedes tomar si no sabes a dónde quieres llegar? El viaje te mostrará tu destino y una vez que lo conozcas, lo demás será fácil. Ah, mira que esta es mi estación, me voy moviendo. Uno debe tener cuidado de no introducir el pie entre el coche y el andén, tú sabes.

El Flaco se movió entre la gente pidiendo permiso y bajó en el último momento antes del cierre de puertas. Mientras tanto, yo me quedé sentado en un asiento que repentinamente se sentía mucho más incómodo, mirando por la ventana cómo El Flaco se alejaba por la estación sin mirar atrás. No me arrepentí de no reaccionar a tiempo para preguntarle algo más. De alguna manera sabía que eso era todo lo que me diría.

Seguí mi camino con las ideas cruzadas, como si mi cerebro sufriera una conversación grupal donde diferentes personas hablaban al mismo tiempo. Hacía meses que me daba

vueltas en la cabeza una angustia indefinida. Una sensación de estar perdiendo el tiempo. La desazón inexplicable cuando todo va bien. Como un resfrío del alma que no deja disfrutar plenamente el estar vivo.

Y ahora un personaje se presentaba de pronto, sin invitación, y me decía que la respuesta a todo esto se hallaba en un viaje del que había huido por años.

Por supuesto que no tenía deseos de dormir al llegar a casa. Descubrí con horror que se había acabado el café, así que una película y un crucigrama del día anterior me ayudaron a postergar el momento de dormir hasta casi las tres de la madrugada. Pero infaliblemente llegó. El lápiz rodó por el sillón hasta el suelo, el crucigrama sobre el pecho, la luz encendida.

Entonces, como siempre había sido, mientras mi mente se hundía en el sueño, llegaron los temblores. Eran como las turbulencias para un viajero frecuente en avión: viejas conocidas, pero no por eso menos angustiantes.

¿Acaso podía, después de la conversación con El Flaco, después de tantos meses de sinsabor, acobardarme otra vez? Nada tenía sentido, ¿o sí? Para un problema indefinible, inexplicable, tal vez la respuesta era también indefinible e inexplicable. La solución quizás se encontraba ahí. Y la alternativa era seguir atormentado por toda la vida.

Ahí estaban los mismos temblores de antaño, acompañados del mismo temor. ¿Y si dejaba pasar la última oportunidad? ¿Podría vivir tranquilo después? Sacando fuerzas del temor a la miseria, que era más fuerte que el temor a lo desconocido, no opuse resistencia y esta vez finalmente me dejé llevar.

Finalmente podríamos decir que fue aquí donde todo comenzó realmente. Si la vida es una simulación, entonces estuve un instante en el menú de inicio del juego. Digo un momento, pero en realidad no sé si fue un segundo o fueron meses, ya que las referencias físicas habían desaparecido. Existía en el lugar formado por los espacios entre un cuanto y el otro. En los vacíos del continuum, que no resultó ser tan continuo después de todo.

Y luego luz.

## **Dos**

Mis ojos se abrieron para ver un cielo azul, sin nubes pero carente de una fuente de iluminación aparente. Me encontraba recostado sobre una superficie fría con el dolor de cabeza más fuerte que había sentido en toda mi vida. De hecho me dolía todo el cuerpo, y lo sentía tosco y pesado a comparación del instante anterior en el vacío. Era penosamente consciente de mi respiración y del contacto con el incómodo suelo.

-Bienvenido a Oc, viajero –dijo una voz como la de un anciano al que le faltan algunos dientes- bebe esto y estarás como nuevo.

Una mano cubierta con un guante de cuero marrón entró en mi campo de visión. Entre los dedos llevaba un pequeño vaso de madera. El vaso se acercó a mis labios y pude sentir un olor a té. Yo respondí confundido.

-Perdona pero ¿dónde dices que estoy? Pensé que “Oc” era un idioma antiguo, no me vas a creer pero acabo de buscar ese dato para un crucigrama –probé un sorbo del brebaje- Está bueno. La cabeza me da vueltas.

-Es una receta propia. Arándano para acostumbrar tu vista a este lugar, ajeno para que te adecues a nuestro peculiar paso del tiempo, hojapíe para que te abandone esa languidez y valeriana como desintoxicante. ¡Ah! Y un poco de té jazmín para darle el saborcillo.

-¿No será malo mezclar todas esas cosas? –fue lo único que atiné a decir entre el mareo y el dolor- Mi doctor alguna vez me dijo...

-No hables todavía, solo bebe. Ordenarás tus ideas.

Bebí con calma y al pasar el último sorbo apoyé de nuevo la cabeza en el suelo. Lo que sea que tuviera la pócima, estaba ayudando.

-Creo que ya me siento mejor –dije- ¿Cuánto tiempo ha pasado?

-Aquí no existe el tiempo –mi interlocutor suspiró- Veo que eres de los ansiosos. Aprenderás a tener paciencia a la fuerza o tu viaje será muy corto y bastante más difícil. Descansa.

No tenía muchas opciones y realmente mi cuerpo pedía a gritos descansar. Cerré los ojos y me concentré en escuchar mi corazón. Cuando calculé que habían pasado unos cinco minutos, dije:

-Creo que ya estoy bien, en serio.

-Yo creo que no –dijo el anciano– Pero en fin, pregunta lo que desees y yo trataré de responder. Sin embargo, piensa bien tus preguntas antes de hablar. La mayoría de las personas se preocupa por dar respuestas correctas, pero no muchos se preocupan por formular preguntas correctas. Y tú tendrás tiempo solo para unas pocas.

-¿Por qué hablas tan raro? Sólo quiero saber qué pasa. Si te hago preguntas, ¿tú me puedes dar respuestas correctas?

-No siempre. Muchas respuestas que se pensaban correctas han probado con el tiempo ser incorrectas. Sin embargo, hay muchas preguntas correctas que aún no tienen respuesta.

Estos son los momentos en que uno tiende a levantar la cabeza y ponerse erguido con la esperanza de que al cambiar de posición las cosas tenga más sentido y se entiendan mejor. No fue así.

Pero al hacer eso, noté que el dolor casi había desaparecido. Me vi echado sobre un suelo de arena que se extendía hacia donde llegaba mi vista en tres de las cuatro direcciones

posibles, salvo hacia mi izquierda donde se notaba el comienzo de un bosque. Hacia arriba, un cielo azul índigo. A unos cuantos metros, un edificio en forma de templo clásico con columnas circulares y un gran portal de entrada era la única edificación a la vista.

También pude ver a mi interlocutor, envuelto en una capa de color marrón oscuro. La capucha estaba sobre su cabeza de manera que me era imposible distinguir su rostro.

-Típico –dije- Me hubiera parecido extraño de otro modo. Todo esto es un sueño de esos vívidos. Estoy soñando que viajo a un lugar lejano y tú eres el maestro del lugar, el que todo lo sabe. El viejito sensei que vive en lo alto de una montaña junto a una caída de agua y al que los lugareños buscan para pedir consejo. Como en los cuentos. Solo que no me logro despertar.

-No, viajero. Aquí nadie sabe mucho más, todos sabemos casi lo mismo, solo que algunos no se han dado cuenta. Lo poco extra que yo sé de algún tema, tú tendrás que aprenderlo en el camino y si lo consigues regresarás aquí con tres lecciones: una de tolerancia, una segunda sobre el aprendizaje y la última sobre tu destino. Serás uno de los Aes Dana, como yo. Y cuando me veas de nuevo, podrás finalmente saber quién soy.

-¿Y cómo se supone que aprenderé estas cosas?

-Te lo dije ya: debes plantear las preguntas correctas. Cuando solo sabes las respuestas, las cosas parecen tener sentido pero son aburridas porque son lógicas. Sin embargo, si uno aprende a hacer preguntas y mantiene esa curiosidad, habrán pocas cosas más reconfortantes que el descubrir o entender algo, ese sentimiento cuando las piezas encajan y todo tiene sentido.

-Vale, vale. Obviamente tus respuestas iban a ser en acertijos y no me iban a servir de nada.

-Lo entenderás todo pronto. Si realmente ya te sientes bien, ponte de pie y sígueme.

Caminando, seguí al encapuchado hacia el templo, que resultó ser bastante más grande de lo que parecía al principio. Al atravesar el portal bajé la cabeza sin saber por qué.

Llegamos a un colosal patio circular en cuyo centro se podía divisar una especie de altar hecho de piedra oscura. Sobre el mismo, se encontraba una serie de objetos metálicos.

Hacia allí nos dirigimos y a medida que nos acercábamos pude distinguir lo que parecían ser algunas espadas, escudos y armaduras, similares a las que uno ve en museos. También noté algo que podía ser una lanza y algunas otras cosas que nunca había visto, pero que parecían aquellas que uno imagina encontrar en el laboratorio de algún alquimista o brujo.

-Esto no es una prueba en si misma –me dijo mi compañero- pero debo advertirte que lo que elijas ahora determinará el tipo de pruebas que encuentres luego en tu viaje.

-¿Es decir que tengo que escoger una de estas cosas?

-Como siempre ha sido.

El anciano debía estar loco si pensaba que alguna de esas cosas me podía ser útil.

-Pero –le dije– yo no sé usar nada de esto. Mira, por ejemplo, ¿qué se supone que haría yo con esta espada?

-Tienes en tu mano a Antares, la siete veces probada. Dicen que hace sangrar al mismo viento.

-Vale, lindo nombre y tal pero yo no sabría ni cómo sostenerla bien y mucho menos usarla. ¿Y este escudo?

-Es Alniyat, protector del corazón. Puede defenderte de todo mientras mantengas la fe.

-Entonces sospecho que me fallaría muchas veces porque la fe, tú sabes, no es mi fuerte. ¿Y esto es un asta para una bandera?

-No, viajero. Esa es Gae Bolga.

-Lo dices como si yo tuviera que saber qué es.

-Si no lo sabes, mejor no la elijas.

-Mira, al menos dime a qué lugar me dirijo luego en este sueño y tal vez eso me ayudaría a escoger algo. Yo debería saberlo, es mi sueño, pero claramente mi cerebro quiere que te lo pregunte a ti.

Si bien era imposible verle el rostro, estaba seguro de que el encapuchado había sonreído al escucharme. Había algo familiar en su postura, pero no podía relacionarlo todavía.

-Solo te diré, viajero, que te diriges a Tir Bo Thin'n, La Tierra Más Allá de las Olas, donde aquel que podrías ser tú, espera.

-¿Espera? ¿Qué espera?

-Te espera a ti, para probarte.

-Sabes qué, en el fondo sabía que dirías eso –suspiré. El asunto se me hacía conocido, un tema clásico en historias y leyendas, todas las películas que había visto de niño entremezcladas en un sueño febril- ¿Y cómo llego ahí? ¿Cruzando los siete mares o los nueve desiertos o el bosque de la desolación o algo así? ¿Caminando al final del arco iris?

-Siguiendo el camino de Caer Gwydion.

-¡Ah! ¡Qué fácil! ¿Y eso está en...?

-Muy lejos, pero...

-¡Pero a la vez muy cerca! También sabía que dirías eso, es clásico. No sé por qué me molesto en preguntar si ya sé que las respuestas van a ser inútiles.

-Las respuestas son las correctas, las preguntas vienen siendo las equivocadas.

Soy una persona normalmente muy paciente, pero en ese momento poco me faltó para usar a Gae Bolga o algún otro objeto contundente contra la cara del encapuchado. Y lo peor es que el anciano me hablaba con resignación, como quien le habla a un niño. Respiré profundamente y volteé la mirada hacia las cosas.

-Un momento –había notado lo que parecía ser una pequeña guitarra escondida entre las cosas- he encontrado algo interesante, encapuchado –dije mientras la cogía en mis manos.

-Es Tensón, el mandolín de Vitonnus. Dicen las historias que fue un regalo de Lugus.

Para este momento, yo ya estaba aceptando mi nueva situación como parte de un extrañísimo sueño y me estaba quedando claro que tenía que seguir la corriente mientras encontraba cómo despertar. Este no era el viaje que yo había imaginado y no se parecía en nada a las cosas que otras personas contaban cuando hablaban de lo paranormal. Sin embargo, una emoción especial me recorría el cuerpo y algo en mi corazón me llamó a escoger este mandolín entre todas las otras cosas.

-¿Lugus el que le dió el nombre a Lugo, eh? ¡La quiero!

-Sabía decisión, viajero. Está hecho. Y sí, Lugo le debe el nombre a Lugus, también conocido como Loki o Mercurio o Hermes o tantos otros nombres dependiendo de a quién le preguntes.

-Perfecto, si mal no recuerdo, Hermes tenía esas alitas en los pies. Así que esto me debe ayudar a llegar más rápido a Tir loquesea.

-Tir Bo Thin'n. La verdad es que Tensón no representa la característica hermética de la velocidad, pero creo que te puede ayudar a llegar rápidamente al final del viaje de otra manera, ya que has escogido el camino del juglar.

-Eso es... como un trovador, ¿no?

-Algo así. La habilidad del juglar no está en la fuerza física o en la destreza manual, sino en el dominio de la palabra, la retórica y la música. Las pruebas que te esperan reflejarán eso.

-Mira tú. ¿Eso quiere decir que no tendré que pelear con nadie?

-Pelear no, pero competir sí. Y la primera competencia es conmigo.

## Tres

En ese momento dudé de mi elección. El anciano encapuchado decididamente era muy sabio. Tal vez hubiera podido ser más fuerte que el, con suerte, pero ¿qué esperanza tenía

yo contra él en una prueba de talentos musicales o de palabra? Al menos, pensé, de algo podrían servir la gran cantidad de libros y revistas sobre fantasía y ciencia que leía desde niño.

-No estoy listo, encapuchado, pero vamos. No he llegado hasta aquí para arrepentirme.

-Hablas con verdad y con coraje. Lamentablemente no debo evaluarte en ninguno de esos dos aspectos.

-¿En qué me vas a evaluar entonces anciano?

Aquel rostro que era realmente solo una sombra debajo de la capucha se centró en el mío, como pensativo. El anciano habló, pero ya no más con voz de anciano, sino con una voz joven y extrañamente familiar.

-No siempre –dijo lentamente- se puede llegar al conocimiento con palabras. El lenguaje es tan solo un sistema formal para ordenar las palabras inventado por el ser humano, por lo que no puede contener la verdad. No puedes definir al universo con una parte de ese universo. Dime entonces, ¿cómo podría alguien llegar al conocimiento total?

-Supongo que algunas cosas se tienen que experimentar sin palabras. Otras se tienen que experimentar sin lógica.

-No estaríamos aquí si no tuvieras dentro de ti esa respuesta. Era, sin embargo, necesario hacer la pregunta.

-Espera... ¿Eso es todo? ¿Aquí termina la prueba?

-La mía sí, solo tenía que apuntarte en la dirección adecuada. Pero vendrán más. El universo está lleno de fuerzas que no entendemos, tan solo vemos la proyección de esas fuerzas en nuestro riguroso mundo de cuatro dimensiones, al cual tus sentidos tienen acceso.

-Afortunadamente ya pasé la prueba porque ahora sí que no estoy entendiendo nada.

-Todo lo que te digo, tú ya lo sabes, créeme. Me refería a no poder percibir todo lo que realmente existe, sino sólo lo que nuestros sentidos pueden alcanzar.

-Pero ya que todos tenemos los mismos sentidos, todos los seres del mismo mundo de cuatro dimensiones deberíamos ver lo mismo.

-Es lo que te dice la lógica, pero recuerda que debes dejar la lógica de lado, tú mismo lo dijiste hace unos segundos. Reflexiona sobre esto y las siguientes pruebas serán más sencillas.

Debo decir que me encontraba confundido pero también contento. Al parecer había superado con éxito la primera prueba. Si las cosas seguían así, tal vez culminar el viaje no sería tan difícil. Noté que se relajaban algunos músculos de mi cuello que hasta ese



momento no sabía que estaban tensos o siquiera que existían. Fue como quitarme un peso que había estado allí hacía semanas. El encapuchado, que ya no era anciano, también lo notó enseguida.

-A medida que pases las pruebas te irás sintiendo mejor. Al final de todo, cuando encuentres el camino, esa picazón del alma desaparecerá.

-Esa expresión ya la había oído antes... ¿no serás tú El Flaco, encapuchado? Tu voz es mucho más joven ahora.

-El Flaco es un viejo conocido, suele siempre llegar a conclusiones ligeramente atinadas, aunque derivadas de verdades primordiales. Se dice que el hombre es un ser espiritual dotado de habilidades que van mucho más allá de lo que normalmente se imagina y eso es verdad. Ahora, lo que algunos pueden derivar de eso... pero no deberías hablar de este tema conmigo, no hay mucho que pueda aportar a lo que ya sabes. Debes partir ya.

-Parto entonces... pero, ¿en qué dirección?

-Solo tú puedes descubrirlo, pero te recomiendo que empieces por el bosque. Si bien puede que ese no sea el camino indicado, al menos ahí encontrarás algunas cosas interesantes.

-El bosque entonces. ¿Nos veremos otra vez, encapuchado?

-Ya nos hemos visto dos veces. Adiós.

No podía saberlo en ese momento, pero mientras yo partía hacia el bosque, una pequeña sombra se movía sola, alejándose del lugar desde el que había observado todo lo acontecido en el templo.

## **Cuatro**